

tituye el motor de la Historia, se presta a graves confusiones.

Es preciso comenzar proclamando la sustancial diferencia personal entre los hombres. No radica la misma creatividad en unas y otras voluntades. Sólo son históricamente decisivas las voluntades superiores, las voluntades heroicas, hablando a la manera de los tratadistas del siglo XVII, como Gracián.

La creatividad personal se halla condicionada siempre en el marco cósmico o en el marco colectivo, social. Ese innegable condicionamiento del individuo humano a su medio ha sido el asidero y fuente de todos los errores que han conducido al determinismo histórico. Por la doble presión del medio geográfico y del medio social, se ha querido ver en la Historia un simple producto del «habitat», de la geografía, del ambiente o de la economía. Es necesario reconocer la existencia de esas fuerzas, cósmicas o sociales, que gravitan sobre la voluntad, sobre la creatividad y el factor personal, aun en el caso de las más ilustres minorías o individuos. Pero lo que no puede hacerse—y el europeo se ha complacido en ello—es situar en esas determinaciones de medio físico o social la causalidad histórica, y desconocer el tremendo poder creador del individuo.

Hoy en día la doctrina de la Historia ha descrito un círculo bien amplio para llegar al punto de partida. Los diferentes sistemas han agotado todas las soluciones posibles, han realizado todos los posibles esfuerzos por encontrar un sujeto histórico que no fuese el hombre mismo. Sin embargo, hoy más que nunca, sentimos la necesidad teórica de incluir de nuevo, aceptando su central importancia, el factor personal, heroico y decidente, en toda formulación de la causalidad histórica. Es necesario

